

CRÍTICA DE ÓPERA

Mario Córdova



La farsa y la astucia se impusieron en "Gianni Schicchi"



TEATRO MUNICIPAL DE LAS CONDES

Por tercer año consecutivo el Teatro Municipal de Las Condes ofreció ópera en su programación. A un notable "Cosi fan tutte" (2013) y una muy poco lograda "Madama Butterfly" (2014) agregó esta vez un buen "Gianni Schicchi", obra que pese a tener una extensión mínima en comparación a aquellas, es demandante de una producción musical y escénica muy mayor.

Se repitió la dirección musical de Eduardo Browne frente a una orquesta reducida, que apenas superó los veinte instrumentos. Nuevamente se duplicaron los elencos de cantantes y una vez más también, se contó con la decisiva presencia de Miryam Singer a cargo de toda la cobertura teatral del montaje.

"Gianni Schicchi" marca hondas diferencias en la producción de Puccini por su brevedad, su discurso vocal predominantemente grupal y muy celular y, lo más importante, por ser una comedia de humor negro, incluso macabro, donde la codicia más ex-

trema se entrelaza con la astucia.

Singer actualizó la ambientación medieval original y dio un nuevo golpe de creatividad al preludiar la representación con un silencioso agregado, trazador del lineamiento de la posterior acción operística, y al desarrollar luego ésta con una agilidad vertiginosa, casi dancística, que atrapó y entretuvo al grueso público. El más conocedor de la obra pudo reparar, sin embargo, que ese humor se extralimitó, desfigurando y caricaturizando demasiado al mayor contingente de personajes, haciéndolo interactuar en excesivo tono de farsa, y que si bien resultaron certeros algunos perfilamientos (Zita, Rinuccio, Lauretta, Schicchi), otros lograron hostigar por su amaneramiento y protagonismo tan sobreactuado (Nella, Ciesca).

En lo vocal este montaje desplegó en su par de elencos a dos docenas de muy buenos cantantes chilenos, la gran mayoría ajenos a la primera fila mayormente activa en el quehacer operístico nacional.

Siendo imposible en esta columna hacer una revisión detallada de su participación individual y muy bien engranada en lo colectivo, deben destacarse algunas actuaciones verdaderamente sobresalientes. Poniendo lo más gratamente sorpresivo en la delantera, debe elogiarse el excelente desempeño de Sergio Jálaz (Rinuccio), Carla Paz Andrade (Lauretta) y Claudia Lepe (Zita). Junto a ellos lucieron su calidad de grandes consagrados la dupla Patricio Sabaté-Javier Weibel (Schicchi) y Pedro Espinoza (Rinuccio).

Superando la precariedad instrumental de aquella "Madama Butterfly" del año pasado en que la orquesta flaqueó, este "Gianni Schicchi" llegó trabajado con una reorquestración elaborada por Héctor Parnizza en tiempos de Puccini, la cual concibe las cosas en términos sonoros más austeros y se ensambla con mayor justicia al amplio despliegue vocal. Eduardo Bronwe se impuso, aun cuando los vientos terminaron devorándose a las cuerdas.

TEATRO MUNICIPAL DE LAS CONDES:

“Gianni Schicchi”, de Puccini, en farsa desatada

JUAN ANTONIO MUÑOZ

Gran impulsora de esta producción de “Gianni Schicchi” (Puccini, 1918) del Teatro Municipal de Las Condes es Miryam Singer, responsable de *régie*, escenografía, vestuario e iluminación, quien trasladó la acción al siglo XXI y que puso énfasis en los aspectos de farsa que tiene esta comedia sobre las miserias humanas. Su juego teatral es incesante desde que se abre el telón, con un preámbulo sin música para describir la calaña de los familiares de Buoso Donati, el rico recién fallecido cuya herencia se pelearán entre todos. El tono general —enfanzado por el vestuario— es esperpéntico, en especial para los parientes, salvo en el caso de Rinuccio y del propio Schicchi y su hija Lauretta. Llama la atención la mirada en este punto porque los supuestos aristócratas están vestidos como “nuevos ricos” —“*la gente nuova*” en el libreto, expresión traducida en los sobretítulos como “gente de esfuerzo”—, mientras que la “*gente nuova*” —vale decir, el bribón Schicchi y Lauretta— aparecen como personas normales.

Singer organiza una exigente planta de movimientos —casi una coreografía— desde el inicio hasta el fin del espectáculo, lo cual representa un desafío para el grupo de cantantes, que a la vez deben atender una partitura que no les da un momento de respiro. Divertida la idea de la directora de escena de fusionar la embriaguez económica de la parentela con el apetito sexual. El traslado de la trama por los siglos en este caso se hace

sentir porque el libreto explicita la fecha en que ocurre la acción (1 de septiembre de 1299), lo que fija de manera determinante una época, y por las múltiples referencias a Florencia, con sus torres, sus puentes, sus cúpulas y su río. Esto tiene un atenuante al final, cuando la escena se abre a una vista magnífica de la antigua y hermosa ciudad, con la pareja de amantes en ensueño y los codiciosos arrancando con los pobres tesoros conseguidos.

Una orquesta de 25 músicos es insuficiente para una partitura como esta, detallista y de numerosas sorpresas auditivas; la reducción de Panizza utilizada cumple, pero no logra dar cuenta del intenso melodismo pucciniano y tampoco de la impresionante y riquísima orquestación, pues los instrumentos no parecen integrados a una trama sonora. Primó un sonido metálico, brillante y unidireccional más que uno envolvente. Eduardo Browne condujo con precisión y coordinó adecuadamente foso y escenario, pero su dirección resultó poco flexible y de escasa expresividad.

El barítono Patricio Sabaté anota otro gran rol en su carrera. Excelente cantante y actor, su Schicchi sabe transitar por la astucia, la dulzura y la desfachatez, y también logra ser el timonel del alboroto escénico propuesto. También el tenor Sergio Járquiz ofrece un muy buen Rinuccio; estuvo notable en la alegre y expansiva aria “*Firenze è come un albero fiorito*”. La soprano Virginia Barrios (Lauretta) es musical y su emisión es fácil y suave; su “*O mio babbino caro*”, sin embargo, fue enfocado desde una perspectiva demasiado ingenua e infantil. Claudia Lepe (certera y terrible como Zita), Constanza Domínguez (Nella), Maribel Villarroel (concupiscente Ciesca), Antonio Fernández-Brixis (Gherardo), Nicolás Aguad (Betto), Matías Moncada (Simone) y Diego Álvarez (Marco) ejecutaron con propiedad los atractivos números de conjunto, a la vez que se vieron totalmente dueños del carácter de sus personajes.

El tenor Sergio Járquiz ofrece un muy buen Rinuccio. Acá, con Nella (Constanza Domínguez).

